



LOS QUE NO CABEN

París, principios de junio. Un cielo azul y un sol que hacen brillar con descaro esta ciudad siempre bella. Es tan agradable pasear por París en un día así que da pereza meterse en museos, salas de exposiciones, iglesias o cualquier otro espacio cerrado por muchas maravillas que pueda ofrecer en su interior.

Vagar por París abriendo los ojos al mundo diverso de la gran ciudad, en la que arte, razas y culturas se mueven al son del ritmo occidental. El tráfico, la prisa, el descanso en el café, la música gratuita, el retrato en Montmatre, sestar en un jardín o embarcarse en un *bateau-bus* y recorrer el Sena. Miles de personas en movimiento. Turistas con la ansiedad de no perderse nada, parisinos en sus quehaceres, emigrantes ya franceses o recién llegados... todos caben en París. ¿Todos?

Algunos están, aunque salta a la vista, que no caben. Hice la foto desde la acera de enfrente de la calle por donde paseaba. Procuré la mayor discreción, queriendo no perturbar lo que percibía como un momento de intimidad. Sí, de intimidad. No quito ni una sola letra. Aquel hombre, metido en su caja –dije “caja”, no “casa”- ajeno a todo lo que le circunda, menos a las palomas y gorriones que se acercan a comerse las migas de pan que les están echando poco a poco, destilaba un aire de ajena intimidad en medio del movimiento de todos los que pasábamos a su alrededor. Él y los pájaros circunscribían un espacio que ampliaba las tres dimensiones habituales en que medimos la vida. Se percibía una cuarta, la interior.

Ante la barandilla de un aparcamiento o un urinario, unas piedras para nivelar el desnivel y una caja del tamaño del hombre en posición de contorsionista, se nos mostraba donde se sitúa la exclusión en el mundo de las grandes ciudades: en el mismo corazón de la urbe, vestidos de un manto mágico que, de pura cotidianidad, los hace invisibles a nuestros ojos. Sólo los pájaros se le acercaban a recoger lo que el hombre podía darles.

Quizás, como aquellos pájaros, haya que acercarse a los pobres, a los excluidos, a los que se salieron o fueron echados más allá de los límites de lo socialmente aceptado, para recibir antes que para dar o solucionar. Quizás haya que dejar entrar en nuestra historia la historia de ese hombre. Quizás haya que abrirse al encuentro.

Hubo un instante de encuentro, mínimo. El del *clic* de la máquina fotográfica... lo percibí un día porque me acerqué a esa realidad y ahora tiene nombres. La descubro en Madrid o en París y por experiencia sé, que más que dar, recibo.

Mari Paz López Santos